

Edmundo Concha

Ubicación histórica de Balzac



El centocincuentavo aniversario del nacimiento de Honorato de Balzac se celebra en estos días en todos los países del mundo con actos de variado orden. Las universidades, los ateneos, la prensa y las revistas están consagradas a rendir homenaje al gran escritor francés. En las plazas de la literatura crepita hoy pues la pirotecnia con que sus habitués celebran el magno acontecimiento.

Muchas veces las explosiones del espíritu no corresponden con exactitud a los contornos de la realidad que las inspira. Se actúa hiperbólicamente. Y la historia está jalonada por «genios de un día» que fueron levantados «por las razones de la sinrazón», como diría don Quijote. Son hombres afortunados, de buena estrella, que en un momento de pánico o de confusión, ocuparon la cabecera. Pero al poco tiempo, el mismo tiempo, alargándose, ofreció las debidas perspectivas que hicieron posible el desengaño histórico. Podríamos citar múltiples ejemplos. Mas baste uno solo extraído de suelo francés: Víctor Hugo. ¿Quién lo lee hoy día?

Ahora bien. ¿Es posible que Balzac corresponda a este tipo de autores? De ninguna manera. Cien años forman plazo suficiente como para haber deshecho ya un eventual lapsus. Y como.

en el transcurso de esos años la obra de Balzac, al ser revisada por los críticos, ha salido robustecida por una creciente y unánime glorificación, sólo cabe inferir que la fiesta que en estos días se celebra en su memoria es la más legítima de las fiestas.

Retrocedamos a su propia época para registrar, aunque sea someramente, las condiciones del medio y las características individuales que se confabularon para dar paso a esa colosal obra suya que se denomina «La Comedia Humana».

Balzac nace en Tours el 20 de mayo de 1799 en el seno de una familia modesta. Pronto es un niño vigoroso que da continuas muestras de poseer un sólido carácter. A los 14 años, siendo un desaplicado alumno, escribe un «Tratado de la Voluntad». Su adolescencia está invadida por sueños de grandeza que producen hilaridad en sus mayores. Únicamente su hermana Laura lo escucha y lo estimula. Se titula de abogado. Sus padres quieren hacer de él un notario. Balzac rechaza airado el oficio. Lo considera indigno de quien se sabe destinado a navegar mar adentro. Prefiere pues una actividad de mayor rango. ¿Cuál? Industrial, político o escritor. Cualquiera. Sólo desea conseguir gloria y dinero. Se decide finalmente por las letras. Discute con sus familiares. «En literatura no hay términos medios, se es príncipe o mendigo» le avisa su padre. «Yo será príncipe» asegura Balzac y, cual Luciano, aquel ambicioso héroe de «Las Ilusiones Perdidas», abandona su ciudad natal y se marcha a conquistar París.

En los primeros tiempos vive pobremente en una gris buhardilla. A falta de decorados escribe con tiza sobre las desnudas paredes: «Aquí un Tiziano», «Aquí un Rafael», «Aquí un Rembrandt».

Logra mantenerse gracias nada más que a una mesada que le envía su madre. La mayor parte del tiempo la pasa encerrado, elaborando proyectos fantásticos y leyendo a Molière, Beaumarchais y Voltaire. Trata de escribir en versos una obra teatral titulada «Cromwell». Infructuosamente. Se desalienta y vaga

por las calles céntricas de París. Pasa de largo junto a las puertas de los lujosos restaurantes donde se ahitan los burgueses, y pasa también de largo bajo las ventanas iluminadas en cuyo interior se baila y se bebe ruidosamente. El está solo. Es un desconocido. ¿Cómo es su figura a los veinte años? Mide un metro sesenta y cinco y su cuerpo tiene una gran tendencia a la obesidad; ojos vivaces, rebosa salud, y lo anima una voluntad de acero.

Preso en su soledad, y acicateado por su hambre de gloria, escribe desafortunadamente. Viaja. Se documenta. Rehace proyectos. Pasan los años. En 1827 ha escrito ya cerca de veinte novelas, que ha tenido el tino de firmar con pseudónimo, y... aun no lo conoce nadie.

Con el alma en los pies regresa a Villeparisis, la aldea de sus padres. Ahí inicia sus amores con Laura de Berny, mujer que le dobla en edad. Ella lo insta a que siga adelante. Balzac vuelve a escribir y vuelve a fracasar. Agotado, dirige la vista hacia otros objetivos. Se hace imprentero. Quiebra estrepitosamente. Sus acreedores lo llevan a la cárcel. Su familia y su amante lo salvan de la deshonorra. De todos modos queda endeudado. Nace la cadena de sus deudas. Mas es joven y le sobra vitalidad. Va a Fourgeres a informarse sobre las pasadas vicisitudes de la guerra del Oeste, bajo la Revolución, y, con ese material, compone «Los Chuanes». Consigue el éxito. Luego lo reafirma con «Fisiología del Matrimonio».

Por fin es invitado a los salones alfombrados del barrio Saint Germain. Pero carece de ropa apropiada. «No importa, estoy vestido con la fama, que es lo mejor que hay», se dice a sí mismo ante un espejo. Y se hace habitué de los principales salones parisienses. Se transforma en petimetre. Es locuaz y ruidoso; desborda vida, talento y... vanidad. Una noche en su casa frente a un busto de Napoleón, jura: «Yo acabaré con la pluma lo que él empezó con la espada». Para acortar camino, en la encrucijada social, se incorpora al Partido Legitimista y empieza a colaborar en «El Renovador». Este periódico sólo

desea renovar el absolutismo de la monarquía vigente antes de la Restauración. Balzac se pasa pues a las filas de Luis Felipe.

En la palestra los acontecimientos se suceden con rapidez y sin consecuencia. Es el imperio de las contradicciones sociales. Balzac se desconcierta. Medita. Y asume nuevas posiciones. Publica por su cuenta la «Revista Parisiën». Ahí critica agudamente la política de Francia; desenmascara las triquiñuelas de la prensa; comenta los libros de actualidad; exalta a Stendhal y vapulea a Eugenio Sué. Lo que cada cual piensa para su fuero interno, Balzac lo dice en tono mayor. La revista alcanza a salir tres veces, y quiebra. Balzac, en la calle, vuelve a suspirar por el dinero, por la gloria y... por la Academia. Quiere ser académico. Se presenta de candidato en cada vacancia. Inútilmente. Sainte Beuve lo ataja diciendo: «Balzac está demasiado grueso para nuestros sillones».

La vida nueva está llena de gastos. Y las entradas son pocas. Dedícate entonces a trabajar una viña, industria que al poco tiempo lo hunde en otro océano de deudas. Para salir a flote decide escribir teatro. En su casa recibe a sus amigos críticos. El lee y actúa. El solo representa diez o más personajes distintos. Transpira. Sus amigos ríen y lo felicitan. Contrata la obra. Asiste a los ensayos; pelea con los actores y con los tramoyistas; jura no tocar una sílaba, y en la noche rehace todo un acto. Por fin, después de nerviosa víspera, se estrena la obra. Fracaso rotundo.

Balzac instala una lechería. Vuelve a quebrar. En 1831 se presenta de candidato a diputado en una elección. No saca ningún voto. ¿Qué hacer? Pese a la adversidad constante, no ha perdido todavía su fe en las letras. No la perderá jamás. Su espíritu empecinado, poseído por una de esas pasiones dominantes que puso en tantos héroes novelescos, jamás desmaya. Sigue pues, día y noche, pluma en mano, sin cansarse, tozudamente. Las ideas le acuden a la mente en menos tiempo del que ocupa en redactarlas. Escribe preferentemente de noche, encerrado en su

pieza y bebiendo café. A veces permanece un mes enclaustrado, con la puerta cerrada al sol y a las visitas. ¿Cómo es posible que se abstraiga tanto de la vida trémula e incitante que circula por fuera? ¿Es que se trata de un loco? Muchos vecinos lo consideran así cuando lo divisan, vestido nada más que en bata y zapatillas, atravesando desaladamente el barrio para ir a corregir las pruebas a la imprenta.

Apenas le brota un argumento, su prodigiosa imaginación lo ensancha y lo convierte en novela cíclica de alto vuelo. En esos momentos apodérase del primer amigo que encuentra, y le cuenta su argumento de punta a cabo, describiéndole además las pirámides de billetes que le pagarán.

Así nace «La Comedia Humana». Del mismo modo que Buffón ha hecho la clasificación de las especies zoológicas, él hace nada menos que la clasificación de la especie humana. Comprende las dificultades de la faena, pues ve que el género humano es más complejo, más fino y más matizado. Confiesa textualmente: «El estado social tiene casualidades que no se permite la naturaleza, porque él es la naturaleza más la sociedad». De todos modos continúa la obra. Compone un cosmos. Fija su tiempo histórico. Se convierte en «el secretario de la sociedad francesa». Describe cada ambiente, cada clase, cada individuo.

En la portada de su obra hace una profesión de fe religiosa y política del siguiente tenor: «El hombre no es bueno ni malo; nace con instintos y aptitudes; la sociedad, lejos de depravarle, como pretende Rousseau, lo mejora; pero también el interés desarrolla sus malas inclinaciones». «Siendo el cristianismo un sistema de represión de las tendencias malsanas del hombre, resulta el principal elemento del orden social» «El catolicismo y la monarquía son dos verdades eternas».

El plan de «La Comedia Humana», que coloca la primera piedra del naturalismo, más que la obra de un artista, parece la obra de un botánico o de un arquitecto. Tiene rigor científico. Ahí todo está distribuído según cálculos prolijos. Se trata de un

edificio gigantesco, variado, armonioso, en el cual las partes se deben celosamente al todo. Este plan cumple su finalidad fundamental. Da una visión detallada y total de la humanidad. Es un museo del siglo. Sin embargo, toda esa «Comedia Humana»—que igual que la «Divina Comedia» tiene infierno, purgatorio y cielo—es una cosa tan viva y tan estremecida, que parece engendrada no según líneas trazadas cerebralmente de antemano, sino en trance inconsciente. Por un embrujado.

Balzac abandona la pura imaginación, base del género romántico, y hace un estudio sagaz y eminentemente objetivo de la realidad, ahondando los caracteres humanos en toda su amplitud y según el medio social en que se desarrollan. Para ello viaja en invierno y en verano, explora un país, una ciudad, un villorrio, calle por calle y rincón por rincón, hablando con sus habitantes, oyendo sus dialectos, observando los tipos y las costumbres.

En las «Escenas de la Vida Privada» pinta la infancia y la adolescencia en sus primeros pasos y tropiezos; en las «Escenas de la Vida de Provincia», las pasiones y los intereses; y en las «Escenas de la Vida Parisiense» las virtudes y los vicios ya desatados y en pleno juego.

Cada uno de sus personajes es víctima de una pasión unilateral. Esa pasión le absorbe por completo todas las energías, ideas y sentimientos. El personaje se siente dominado por ella, y es hundido o elevado hasta los últimos extremos. Así es la avaricia de Grandet, la paternidad de Goriot, el arribismo de Rastignac, la usura de Gobseck, la honradez de Birotteau, la maldad de Nucingen, la lujuria de Hulot, la ilusión de Rubempré, el resentimiento de Betty y el interés científico de Claes.

Balzac penetra en la evidencia de que la vida es una cosa dinámica, torrencial y llena de fuerzas contrapuestas. Logra en el campo de la novela lo que Hegel en el de la filosofía, esto es: presentar un cuadro verídico de las contradicciones sui generis de la existencia social.

No es un estilista, según los cánones escolásticos. Sus obras

tienen contrato a fecha fija. Escribe por obligación. Sin disponer de mayor tiempo para retocar sus frases. De ahí que éstas sean a veces ásperas y desproporcionadas en su conjunto. Y al leerlas no se siente propiamente los pasos armoniosos de un ballet, sino el ruido de un ejército que pasa. La crítica contemporánea le es adversa. Sainte-Beuve lo halla «desaliñado y vulgar». Flaubert lo tilda de «ignorante como un poste». Y así.

¿Cómo es la época social y política del tiempo de Balzac?

La burguesía incipiente ha quebrado ya los moldes del feudalismo y de la monarquía absoluta, y se apresta para poner en vigencia los ideales humanistas de 1789. La libertad, la igualdad y la fraternidad, propagada por la escuela racionalista, empiezan lentamente a florecer. Los industriales y los comerciantes corren y ocupan los puestos directivos de la nueva sociedad. Han sido ya cortadas las pesadas y mohosas cadenas de la esclavitud y un humanismo más ágil ha empezado a saltar las barreras clasistas. Deviene ya la promiscuidad. El liberalismo despeja los caminos y los hombres sienten redobladas sus ambiciones. Es cierto que aun no comienza la producción fabril en gran escala—época que le corresponde consignar a su sucesor Zola—pero ya existe un dinámico comercio con dispersas y articuladas sucursales. Nace pues la era de las iniciativas individuales. Existe, aunque a medias, la libertad política. Gobierna aún el rey, pero controlado por un parlamento de raíz popular. Luego ya ningún individuo fracasado podrá disculparse completamente echándole la culpa al medio. El medio está abierto. Y cada cual debe subir como pueda. En esta época crudamente materialista, se hace escarnio de cualquier ideal de largo alcance. Todos quieren llegar pronto. La vida es corta y es menester aprovecharla al máximo, exprimiéndola cual una fruta. Febrilmente. Arribar es un verbo que se hace carne en todos los corazones juveniles. Vautrín, Rastignac y Rubempré son los símbolos representativos de ese arribismo sin dios ni ley.

En esta etapa, Balzac comprende que una sociedad basada

únicamente en el interés personal, tiene que malograrse por intermedio de los peores vicios: el egoísmo y la codicia; y que la igualdad meramente jurídica es sólo una mascarada de la burguesía para ejercitar su poder sobre el pueblo. Por eso acusa en su novela «Melmoth reconciliado»: «El capitalismo es el mismísimo feudalismo basado ahora, no en el trueque de las mercaderías sino en el dinero».

Cabalmente el poder ha pasado de la nobleza monárquica a los industriales plebeyos. Y la nueva época, como todas, tiene sus flancos reaccionarios. Balzac, a fuer de fiel retratista de esa época, proclama «Si la realidad es fea, allá la realidad». Bajo este precepto exhibe el rol improductivo y parasitario de los «nuevos ricos» en personajes tales como Nucingen («La Casa Nucingen») y Keller («César Birotteau»). Y a los industriales abusivos los pinta en Bousquier («La Solterona»), Croisier («Colección de Antigüedades») y los hermanos Cointet («Las Ilusiones Perdidas»). Denuncia también el lado negativo del nuevo régimen al invadir la agricultura; y así en «Los Campesinos» describe a dos rapaces, Gaubertín y Rigau, los cuales se apoderan mañosamente de una hacienda, no para hacerla producir más sino para parcelarla y venderla en seguida a doble precio.

Balzac ve que el capitalismo, a través de la avaricia, destruye los más respetables sentimientos del género humano. De esta suerte el viejo Grandet hace desdichada a su hija Eugenia; Anastasia y Delfina arruinan y matan a su padre Goriot, y se derrumba la amistad entre Louiseau y Rubempré.

Siente una simpatía instintiva por el pueblo. Su corazón generoso irradia solidaridad sentimental para con los humillados y ofendidos. En sus novelas «Facino Cane», «Una Comisión de Locura», «Los Campesinos» y «La Misa del Ateo» los hombres rudos y anónimos del pueblo lucen bellos gestos.

En el plano político no aprueba las libertades formales que confiere la democracia, porque ve que ellas descentralizan el poder y diluyen las responsabilidades del Estado. Censura pues ese

nuevo régimen basado en el dinero. Y aboga por el régimen monárquico basado en el honor. No acepta el socialismo que ya ha despuntado por intermedio de los utopistas Saint Simon y Fourier. A éstos los apostrofa de idealistas y soñadores. Y deduce que por muy mala que sea la sociedad basada en la propiedad privada, es preferible al caos y a la destrucción que implicarían una revolución hecha por las masas ignaras y sedientas de venganzas.

A su vez Carlos Marx y Federico Engels lo admiran y lo consideran su aliado. Los padres del socialismo científico comprenden que, pese a su ideario ultramontano, Balzac coadyuva a la Revolución Social al describir con tanto acierto la desnuda realidad.

¿Es aristócrata Balzac? No. Por su educación, ambiente y psicología, es sólo un representante de la clase media que defiende, por convicción doctrinaria, los postulados de la aristocracia.

Diecinueve años demoróse Balzac en componer toda su «Comedia Humana», que incluye noventa y siete novelas, las cuales a su vez incluyen cerca de cinco mil personajes. Para ello transformóse en una de los más activos galeotes que ha tenido las letras en todos los tiempos. Su vida fué accidentada y exenta de placidez. Vivió encerrado en su elegida celda y escribiendo como un poseído. Las mujeres no fueron ingratas con él. En el curso de su vida alcanzó a recibir más de veinte mil cartas de admiradoras distintas y lejanas. Además oportunamente Madame de Berny, Laura d'Abrantes y Madame de Castries lo estimularon y le dieron preciosos datos sobre los ambientes y las costumbres que Balzac, por falta de tiempo y por su extracción social, no podía conocer personalmente. No poca parte de su trabajo está pues basado en la intuición. También mantuvo amistad con Jorge Sand. ¿Enamoróse de ella? Misterio. En todo caso ella le inspiró su novela «Beatriz». Mantuvo relaciones epistolares durante nueve años con la condesa Avelina de Hanska, oriunda de Po-

onia. Al final se casaron. Ya en ese tiempo Balzac tenía su salud completamente agotada por el esfuerzo continuado de su trabajo. Su corazón estaba cansado. Murió el 18 de agosto de 1850. El entierro fué sencillo. Su ataúd fué conducido por Víctor Hugo, Alejandro Dumas y Sainte-Beuve. En el cementerio, Barbey d'Aurevilly dijo: «Fué un Bonaparte literario, sin destronamiento y sin Waterloo».

El alud del tiempo no ha podido barrer una brizna de la obra ingente de Honorato de Balzac, tal vez porque ella, más que afincada en una época histórica determinada, está afincada sobre la carne de la eternidad. Sus héroes, igual que los de Shakespeare, Dostoiewsky y Cervantes, no son temporales. Son arquetipos eternos de la tornadiza humanidad.

Y sobre la balumba de panegíricos que en el curso de cien años se ha levantado alrededor de «La Comedia Humana», cabe destacar el juicio breve y elocuente de Taine: «La obra de Balzac constituye el más grande almacén de informaciones que poseemos sobre la naturaleza del hombre».